



MUNICIPALIDAD DE
LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Leyendas y costumbres del Perú



YACHAQ SONQO
Compartiendo tradiciones



YACHAQ SONQO
Compartiendo tradiciones



LEYENDAS Y COSTUMBRES DEL PERÚ



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Leyendas y costumbres del Perú

Proyecto cultural Yachaq Sonqo

www.yachaqsonqo.org

yachaqsonqo@gmail.com

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos

Compiladores: Cecilia Ugaz Calderón, Giuliana González Colunche, Jhean Zapata Nuñez, Keera Bravo Guevara, Maria Luz Diaz Illatupa, Melissa Velarde Laurente

Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García

Concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegria

Ilustración de portada: Damaris Caviedes Rodríguez

Editado por la Municipalidad de Lima
Jirón de la Unión 300, Lima
www.munlima.gob.pe

Primera edición

ISBN:

Los derechos de edición, distribución y comercialización de esta obra son de exclusividad de la Municipalidad Metropolitana de Lima y de sus compiladores.

Lima, Perú - 2021

ÍNDICE

LEYENDAS

Cerros encantados
El alma
El duende roba niños
El espíritu del caballo
El fumador
El molino encantado
El pishtaco
El primo bromista
El santo caminante
Francisca, no llores por mí
Historia de una maldición
La mariposa azul
La sirena del Titicaca
Los dos soles
Los gentiles de Pumakurku
Los rieles a medianoche
Los yacurunas
Socorrita
Uma: la cabeza voladora
Un caballo y su misterioso jinete
Una pequeña gran apuesta, apellidada Tambodumbre

COSTUMBRES

El Orofino
Iglesia Pata
La fiesta de San Juan Bautista
Los locos

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

PRÓLOGO

A la luz de las velas en medio de una noche sin luna y alrededor de cuatro paredes de quincha y adobe, en las que se enmarcaban dos pequeñas ventanas con borde de fierro por donde se divisaban grandes paisajes a más de tres mil metros de altura, nos juntábamos desde niños, arropados con la vieja manta y alrededor de nuestra mesa, a escuchar historias cargadas de magia y misterio.

Los abuelos empezaban a contar algunas historias que se transmitían de generación en generación; aquellas en las que nos maldecían si hacíamos cosas malas, en donde nos prevenían de grandes desastres, en donde nos contaban las costumbres de nuestra tierra. Historias que muchas veces tuvimos que vivirlas para empezar a creer en lo que nos decían.

Hoy, lejos quizá de nuestro hogar, seguimos sintiendo la misma emoción al escucharlas una y otra vez, conectándonos desde nuestros corazones con aquel pasado milenario que tiene la tradición oral en el Perú. Por ello, el proyecto cultural Yachaq Sonqo nace con el

objetivo de recolectar y difundir aquellas historias que son contadas alrededor de un fuego cálido con el único motivo de mantener viva nuestra cultura.

Yachaq sonqo, o corazón sabio, es una iniciativa que busca revalorar la tradición oral en el Perú desde las voces mismas de sus relatores, quienes compartieron con el equipo del proyecto sus vivencias, memorias, penas y alegrías, para mantenerlas vivas en cada una de las páginas que presentamos a continuación.

Un corazón sabio es aquel que guarda en su interior diversos relatos para ser contados con amor a quienes nos seguirán en el camino de la vida, un camino lleno de enseñanzas entre las que no se pueden perder aquellas que nos conectan con el origen de nuestra historia como nación. En el marco del bicentenario de nuestra independencia, es preciso reconocer el papel fundamental que desarrollan todos estos relatores o informantes que, en su día a día, nos recuerdan aquellos elementos indispensables que forman parte de la identidad del Perú de hoy.

A todos estos informantes que confiaron en el proyecto, nuestros más sinceros agradecimientos. Gracias por

creer en un grupo de peruanos jóvenes que apuestan por la construcción de una identidad nacional intercultural, tolerante y empática. En especial, agradecemos el apoyo del profesor Víctor Hugo Velarde Molero, un verdadero representante de los corazones sabios que tenemos en nuestro país, por acercar este proyecto cultural a las aulas de instituciones educativas de educación básica regular.

Para terminar, en las páginas siguientes encontrarán historias en las que se relatan leyendas y costumbres de diferentes partes del Perú. Ante ello, les pedimos que las lean con su corazón abierto, ya que no son historias frívolas inventadas para entretener, sino testimonios de adultos mayores, jóvenes y adolescentes que nos cuentan, desde su intimidad, aquellos relatos que les fueron contados por las personas que más querían.

YACHAQ SONQO, porque de corazón a corazón las historias suenan mejor.

Proyecto cultural Yachaq Sonqo
Cecilia, Giuliana, Jhean, Keera, Luz y Melissa

En la medida que el ámbito indígena se difunde y colora a los otros grupos y realidades; en la medida que se proyecta sobre ellos, la diversidad de sangres, cultura e intereses adquiere el frescor rudo de una esperanza inédita, y la sabiduría absorta de quien empieza a reconocer su fortaleza.

José María Arguedas

LEYENDAS

CERROS ENCANTADOS

Hay muchas historias sobre cerros encantados en la sierra. Sobre mujeres y hombres que caen ante los hechizos de un ser misterioso que los guía a un sitio donde encuentran «regalos» que solo los pueden ver al estar encantados. En la mayoría de los pueblitos, al menos uno ha sido encantado por estos lugares.

Hace mucho tiempo me contaron que en Huamanguilla una muchacha fue encantada por un cerro.

En este cerro había una cueva y dentro había pasto en donde la muchacha podía llevar a sus animales para que coman. Pero este sitio, a diferencia de otros, hacía que los animales que comían ahí produjeran más.

La chica iba todos los días, de Huamanguilla a la cueva, a pasear a su ganado, a pesar de que este sitio estaba lejos de su casa.

La familia de la chica se preguntaba por qué iba a ese lugar tan seguido, por lo que un día fueron a la cueva.

Pero, cuando otra persona que no fuera la chica entraba, no encontraba nada, ya que solo la persona encantada podía ver. Se rumoreaba que, dentro de la cueva, la persona que estaba encantada veía una ciudad grande.

Luego de un tiempo la chica murió y los animales también se fueron muriendo poco a poco.

Mi tío Elías también fue encantado por una chica, él tenía un barranquito chiquito de donde entraba y se perdía.

Cuando salía, lo hacía con chullos para cocinar. En ese hueco no había nada, pero mi tío salía cargado de peso con su *quepi*¹.

Mi tía se preguntaba qué estaba pasando, entonces fue al sitio donde se metía siempre mi tío, pero no hay, no está, no había nada.

Mi tía se regresó arriba a aguaitar por dónde iba a aparecer mi tío. Y fue ahí que ve a mi tío saliendo con un gran bulto. Ella se preguntaba:

¹ Quepi: envoltorio de cosas, atado en tela o rebozo, que portan en la espalda y sobre los hombros.

—Pero, no hay nada ahí, pero ¿por qué?

Mi tía no dijo nada porque, más o menos, mi tía ya sabía de la existencia de los encantamientos. Si ella decía algo, el ser, o sea la chica, se pondría celosa de mi tía o también cabía la posibilidad de que el cerro se lo podría llevar y morir.

Mi tía, más o menos, sabía eso y no le preguntó nada, por lo que mi tío seguía frecuentando ese sitio, hasta que falleció.

En Condoray, a veces me iba a lavar mi ropa en una grietita que había en el cerro. Es un cerro grande, así solapa, de donde provenía el agua como si fuera un caño; esa agua la usábamos para lavar ropa y tomar agua.

Si ponías una manzana en la grieta de donde salía el agua, estas salían mejores.

La hermana de mi mamá, la última, también fue encantada ahí. Mi tía era monja, pero enfermó. Me contaron que a ella siempre la encontraban allá. No importa que estuviera enferma, ella como sea salía.

Iban gritando, buscándola, y la encontraron junto a ese lugar. Y era porque le había encantado ese cerro. Luego de un tiempo ella falleció, era la última hermana que tenía mi mamá.

A la hijita de mi compadre también le pasó eso. Ellos ya estaban viviendo en Lima. Cuando fui a visitarlos, mi comadre me contó que se los iban a llevar para allá y que los niños iban a llorar. A lo que le respondí:

—¿Por qué van a llorar? Al contrario, van a poder ver a su abuelita.

En ese momento, yo no sabía si ella en su sueño habría tenido alguna revelación.

Cuando llegaron a San Miguel, los amigos de mi compadre lo sacaron de su casa y mi comadre se quedó con los bebés. Pero mientras ella dormía, en sus sueños escuchaba como que lloraba su hija mayor. Ella se preguntaba: «¿Por qué mi hijita está así?».

Pasó un tiempo y un día vino el hermano de mi comadre y se las llevó a ella con sus hijas para el monte. La hija mayor iba caminando a la par de su tío, cuando él la hizo sentar sobre el bulto que llevaba, diciéndole:

—Acá nomás, mamita, siéntate; voy a ayudar a tu mamá con los bebés; más atrás se han quedado.

Entonces, dejó a la niña encima del bulto y luego de un rato, cuando regresaron al mismo lugar donde la dejaron, no estaba, se había perdido cerca al río.

Ellos pasaban días buscando y les preguntaron a todos si la habían visto, llorando por la desaparición de su hija, preguntándose «¿Qué le pasó a mi hija?, ¿qué le sucedió a mi hija?», sin obtener respuesta alguna.

Estuvieron busque y busque a la niña y, luego de dos meses, el cerro les botó su cuerpo muertito en el mismo lugar en el que se había perdido. El cerro la había escondido, la encantó y se la llevó. De tanto que lloraban sus familiares, el cerro les botó el cuerpito muerto de la pequeña. Dicen que cuando lloran tanto por las personas que desaparecieron, el cerro las bota, pero ya muertas.

Marina Palomino Orihuela
(86 años)

EL ALMA

Un día, cuando yo tenía 6 años, estando en Cayara, Ayacucho, habíamos ido a regar la chacra junto a mi tía y mi tío.

Era cerca de la una de la mañana cuando estábamos regresando de terminar de regar. Estábamos por subir a una lomita del camino, cuando oímos a lo lejos las campanas del pueblo sonar, avisando que una persona acababa de fallecer.

Mientras seguíamos en dirección del pueblo, mi tío nos dijo:

—Vamos por encima del camino, del lado de la chacra, o podríamos chocar con el alma.

Yo en ese momento tenía un perrito blanco, un chapita que lucía como una ovejita, lo iba llevando entre mis brazos mientras caminaba. Pero, debido a que el camino se volvió cada vez más rocoso, en un momento tuve que soltarlo.

Continuamos caminando cuando sentí un escalofrío, y mi perrito, que iba caminando a mi lado, empezó a quejarse, pero no ladraba. Esto hizo que me despertara del sueño que sentía. Mi perrito comenzaba a hacer sonidos como *uhm, uhm, uhm*, mas seguía sin ladrar.

Mi tío en ese momento nos dijo:

—Hay que parar.

Y nos paramos mirando hacia la pista que estaba por debajo del camino por el que andábamos. Bajé la vista y vi a un señor que iba caminando por los aires. Él vestía un sombrero y una camisa. El señor venía en dirección del pueblo con la mirada baja y perdida.

Vimos cómo el alma del señor se iba alejando cada vez más y más. Yo me sentía atemorizada, cuando mi tío nos explicó que el señor iba a su chacra, a pasar un rato, dar una vuelta, despedirse y recoger su paso. Luego de ello, mi perrito recién comenzó a ladrar.

Fela- Felicitas González Cuenca
(66 años)

EL DUENDE ROBA NIÑOS

Allá por los años 60, dedicarse a la chacra y trabajar en el puerto eran de las principales actividades económicas a las que se dedicaba mi familia. Las chacras de mis abuelos eran cunas de extraordinarios relatos y vivencias únicas, pero no había forma de creer en situaciones paranormales hasta después de mudarnos a nuestra casa en la carretera, lejos de aquellas chacras y lejos de aquel árbol de higo que atormentó a mi abuela Concho durante un tiempo.

Todo sucedió una mañana antes del mediodía. Uno de mis tíos jugaba afuera, cerca de la acequia que se usaba para regar la chacra, en donde tenían un árbol de higos.

Dejando la historia por un momento, desde que tuvieron ese arbolito, cosas raras ocurrían en la casa, se perdían cubiertos y algunas cosas cambiaban de lugar.

Mi tío, quien en ese entonces tendría 4 años, no solía alejarse de la vista de mamá Concho, hasta que de pronto, en una distracción, desapareció. Mi abuela

desesperada salió a toda prisa pensando encontrarlo, pero no había rastros de él. Ella empezó a ir más al fondo cuando, de pronto, vio a mi tío tomado de la mano con un ser pequeño, del mismo tamaño, y ese ser se lo llevaba al riachuelo con intenciones de ahogarlo. La abuela dio un grito desesperado e inconscientemente proclamó groserías, escupió al piso, logrando ahuyentar a este duendecillo. Mi abuela vio cómo este pequeño ser se dirigía al arbolito de higo para luego desaparecer.

Desde aquel entonces la historia del duendecillo es un relato clásico en mi familia, la seguimos transmitiendo a nuestros hijos y nietos desde la casa en la carretera.

AR
(53 años)

EL ESPÍRITU DEL CABALLO

Esto ocurrió en 1993, cuando yo tenía 13 años, y sucedió cuando mi abuelita y yo íbamos a la estancia. En esos años no había carretera ni carros que nos podrían llevar a la altura donde teníamos a los carneros, entonces íbamos caminando.

Cuando mi abuelita me llamó para irnos a la estancia, se había confundido en la hora, ella había visto que eran las doce y media, pero en realidad eran las dos y media de la madrugada.

Eran las dos y media de la madrugada cuando íbamos caminando, y yo, entre sueños, iba renegando, subiendo. Entonces, mi abuelita vio a lo lejos y me dijo:

—Súbete encima del camino porque viene una persona a caballo. Vamos a subirnos encima del camino.

Cuando estábamos encima del camino, vimos a lo lejos que venía una lucecita, y ella dijo:

—Está viniendo alguien con luz de mano.

Pero no era luz de mano, era un animalito parecido a un caballo, y, a la vez, chiquito como una mulita, el cual venía botando fuego por la boca, de sus pezuñas salía candela y de su trasero salían como chispas.

Nosotras, en medio del susto, no reaccionamos, nos quedamos babeando y sonaban nuestros cabellos que estaban de puntas, como si estuvieran electrocutándose, por las chispas.

Seguíamos babeándonos, no podíamos movernos ni para allá ni para acá, no podíamos reaccionar; mi abuela y yo seguíamos sin reaccionar mientras en nuestros pensamientos rezábamos.

Cuando, de repente, el caballo se convirtió en un bulto, pero el bulto cayó tan fuerte, por lo mismo que sonaba, pero sonaba con tanta fuerza; *pum, pum* sonaba como si hubiera caído una piedra.

Luego de media hora recién reaccionamos y empezamos a caminar sin voltear, caminamos por el camino hasta llegar a la altura a las cinco de la mañana.

Llegamos a la estancia y mi abuelita le contó al señor que estaba ahí lo que nos había pasado. Y el señor le respondió:

—¿Cómo vas a andar a esas horas? A las dos y media de la noche los malos espíritus siempre están.

Ese lugar era silencioso, en los quinales, en el monte, siempre decían que los malos espíritus caminaban por las noches.

Y esa es la historia que me pasó cuando tenía 13 años de edad.

Hoy en día vivo en la costa con mis hijas y todo ello es un recuerdo de mi niñez.

Domicila Trinidad Taicas
(40 años)

EL FUMADOR

Te cuento una historia que me contó mi papá Paco, allá por el año de 1940. Esto sucedió en el distrito de Otuzco, que pertenece al departamento de La Libertad. Cuando él tenía 10 años de edad, en Otuzco había bastante vegetación y era bastante desolado, había pocas casitas por ahí, por donde él vivía.

Como cualquier niño de diez años, tenía amistades, unos amiguitos que para ir a verlos tenía que atravesar un puente que estaba encima de un río y en los alrededores había mucha vegetación. Él atravesó ese puente y se fue a visitar a sus amigos, pero su mamá le dijo que siempre debería de regresar antes de las ocho de la noche, que siempre tenía que venir temprano a casa.

Había una historia que decía la gente que pasaba en ese puente. En esa zona no había alumbrado y oscurecía muy temprano, por eso su mamá le decía que regresara temprano.

Él atravesó el puente y le ganó la hora jugando con sus amigos, por lo que regresó como a las nueve de la noche,

algo así. Ya era oscuro, muy oscuro, soplabla el viento. Y había una historia que decía que al anochecer podías encontrarte con el Fumador, quien era un fantasma que se aparecía en la mitad del puente, fumando, y que toda persona que lo veía moría. Así, habían encontrado a varias personas muertas en ese puente, muertas de susto porque lo veían al fantasma y morían.

A mi papá le ganó la hora y estando de regreso empezó a correr porque ya era muy tarde, y corría apurado para atravesar el puente. Y en el momento en el que estaba corriendo por el puente, ve a una persona como le habían descrito, como era el fantasma. Ve a un hombre delgado, alto, que parecía estar fumando, recostado en la baranda, mirando el río. Como lo vio de espaldas siguió corriendo, pensando que no se iba a dar cuenta, además no parecía un fantasma porque lo vio como una persona normal. «¿Cómo va a ser un fantasma?», pensó.

A mitad de camino, en lo que iba corriendo, el Fumador, que en verdad era un fantasma, volteó y se paró en medio del puente, miró a mi papá y empezó a crecer y a volverse algo transparente. Mi papá, como había corrido con tanta velocidad y todo, ya no se pudo

detener y atravesó al fantasma a la altura de la barriga. En ese momento, él y el fantasma gritaron a la vez; fue un grito espeluznante, horrible, en medio de la oscuridad.

Mi papá no sé cómo volvió a la casa de su mamá y cuando llegó estuvo botando espuma. Hasta le tuvieron que dar agua de azahar y otras cosas que preparan allá, así lo ayudaron para que se cure y no se muera del susto. Sin embargo, mi papá vivió, vivió para contarlo y esa es la historia.

Rosa Mercedes Claros Hurtado
(69 años)

EL MOLINO ENCANTADO

Lo que les voy a narrar me lo contó mi papá Temporación Vega Gadea. Se trata de una historia de la localidad de Pinra, un pequeño distrito perteneciente a la provincia de Huacaybamba, que, a su vez, forma parte de la región Huánuco.

No vuelvo ahí hace aproximadamente 10 años y solo recuerdo que es muy tranquilo. Absolutamente todos nos conocíamos; a cualquier persona que se te acercaba le decías tía o tío. El lugar era muy seguro; mi familia me dejaba salir a donde yo quisiera, así que me iba con mis amigos a nadar al río, a jugar, a hacer tareas o lo que sea que se nos ocurriera.

En el tiempo en que viví allá, solo había un canal de televisión y un encargado tenía el poder de cambiarlo en cualquier momento. Así también, la luz pública no era estable; hubo una época en la que estuvimos tres meses sin luz. A la larga, uno se acostumbra.

El clima es fascinante: en épocas de lluvias todas las calles están cubiertas de agua y los ríos crecen en tamaño. A diferencia de Lima, el cielo es completamente azul, en las noches se pueden observar estrellas y la luna; y, cuando la luna está en su máximo apogeo, alumbra increíblemente. Así, cuando no teníamos luz eléctrica, la brillantez de la luna nos acompañaba.

La gente generalmente se dedica a la agricultura o a la ganadería. También hay personas que enseñan en los únicos dos colegios que existen; algunos son más osados y caminan kilómetros para poder enseñar en un caserío o pueblo más alejado al centro.

Pues bien, esta historia trata de dos hermanos que vivían en el pueblo de San Francisco, decidieron salir a pastar y a recoger leña a otro pueblo llamado Mañinco. Estando allá, se sentaron y decidieron hacer pachamanca. No tengo conocimiento del nombre de los hermanos, pero mi mamá me dice que eran hijos de Hilarión Bueno Atero.

Uno de ellos se quedó preparando el horno y el otro fue en busca de piedras y por algunas cosas que se necesitaban para preparar esta exquisita comida. Quien se fue a buscar las cosas, se encontró con un molino

encantado, y lo que me contaron es que el muchacho fue encantado por el molino y que por eso murió. «Apenas miró al molino, su sangre fue absorbida por este y murió instantáneamente», fueron las palabras parafraseadas de mi padre.

El primero en encontrarlo fue su hermano y supongo que fue él quien dio a conocer esto a los demás. Mi papá solo me comentó que vieron llegar al padre con su hijo en brazos hasta la posta de Pinra.

Lamentablemente, no pudo hacerse nada porque el joven ya estaba muerto. Sus padres se sintieron muy mal por esta pérdida, pero tuvieron que resignarse, más aún cuando se presume que su muerte fue por un encanto de la naturaleza.

Este suceso es difícil de creer, pero muchos afirman que es verdad, ya que la muerte fue real. La historia la escuché desde muy pequeña y siempre la tengo presente.

Jetma Vega Príncipe
(21 años)

EL PISHTACO

Cuando yo era muchacho, allá en Huaytará llegó la propaganda a Chuquimarán de que había un pishtaco que había matado a una señora en las alturas, cerca al distrito de Huayacundo Arma. A esta mujer la habían encontrado con un hueco en el pecho, le habían sacado su corazón para comérselo, además le faltaba una zapatilla.

El pishtaco ha bajado en la noche; como ha visto a Huaytará abajo, ha bajado por el camino de herraduras y en un sitio, exactamente en una curva que se llama Chiquillahua, ahí lo encontró el señor Leónidas Soldevilla. Este señor dijo que vio a este hombre usando zapatos diferentes en cada pie, que estaba con un zapato de dama y el otro era diferente. Además, me contó que llevaba un saco al hombro. Entonces, el señor Leónidas le dijo:

—¿Qué haces acá? Vamos a regresar al pueblo.

Y lo llevó a su casa, le hizo regresar de dos kilómetros que hay entre Chuquimarán y Huaytará, y le invitó a cenar.

Entonces dicen que se sentó ahí en el comedor y le quisieron dar un plato de comida y él dijo:

—No quiero comer, yo no como eso. Solamente como carne humana.

Todos en la casa se miraron asustados, sobre todo la señora de Leónidas.

En ese momento tocaron a la puerta y al abrir vieron que era la policía y la familia de la mujer asesinada en las alturas. El esposo de la occisa dijo:

—Es él, es él. Miren su zapato.

Cuando la policía abrió el saco que llevaba, vieron que había brazos y piernas cercenados, y entre ellos estaba el corazón ensangrentado de la mujer asesinada.

Hugo Leoncio Calderón Chuqui huaccha
(74 años)

EL PRIMO BROMISTA

Esta es la historia que me contó mi mamá, de hace mucho, muchos años atrás y que ocurrió en sitios que eran muy solitarios como hay allá en Otuzco.

Resulta que en la familia había un primo que era muy bromista. Las familias eran grandes y los fines de semana acostumbraban a reunirse. Así estaban reunidos almorzando, cuando llegó este primo, el bromista, a quien no veían desde hace años, y empezó a abrazarlos a todos.

Le dijeron:

—Siéntate, acompáñanos a almorzar.

Y él les dijo:

—No, no. Me están esperando, me están esperando. Estoy apurado, solo quería verlos —y se fue.

Entonces a la hora que se fue, ellos dijeron:

—Bueno, está haciendo otra de sus bromas. Ahorita regresa.

Y efectivamente, la puerta sonó, tocaron a la puerta, y ellos dijeron:

—Ah, es el primo. Ábrele.

Cuando abrieron la puerta, vieron que era el cartero que traía un telegrama que decía que el primo había fallecido.

Ellos al principio no podían creerlo, pensaron que era una broma. Pero luego lo verificaron.

La mamá de este primo dijo que él antes de partir le había dicho que le hubiera gustado mucho despedirse de su familia.

Y así fue la historia, porque después de haber partido al cielo, él pudo regresar para abrazarlos por última vez.

Rosa Mercedes Claros Hurtado
(69 años)

EL SANTO CAMINANTE

Mis abuelos me contaron esta leyenda cuando yo tenía trece años y vivía en Huancavelica, en el distrito de Santo Tomás, que es del que les voy a contar.

Se dice que Santo Tomás era un santo que pertenecía al pueblo de Antaparco, pero en ese lugar los pobladores no le prestaban atención, ni lo adoraban o hacían fiesta en su nombre; por eso, este santo decidió irse a la ciudad de Pata. Cuenta la historia que se fue caminando y llegó cerca del puente Chavayo y ahí los vecinos de Pata decidieron llevarlo a la catedral del pueblo para hacerle un espacio donde puedan verlo y adorarlo.

Los vecinos de Antaparco buscaron y buscaron a su santo hasta que lo encontraron en Pata y fueron a reclamar, preguntando por qué se lo habían robado, a lo que los pateños respondían:

—Nosotros no lo hemos robado. Él solo ha caminado y ha llegado hasta aquí.

Desde entonces se dieron continuas riñas entre los pueblos de Pata y Antaparco. Una de las diferencias que también se rescata entre estos dos pueblos es que el primero era mucho más productivo que el segundo y algunos dicen que esa también fue una razón para que el santo decidiera quedarse en Pata.

Desde el momento en que los pateños se quedaron con el santo y empezaron a venerarlo, le cambiaron el nombre a su pueblo, de Pata a Santo Tomás de Pata.

Honorato Leiva Pariona
(65 años)

FRANCISCA, NO LLORES POR MÍ

Esta es una historia que me contó mi mamá sobre una prima que se llamaba Francisca, que vivía en Otuzco. La mamá de Francisca había fallecido y la prima, no pudiendo soportar el dolor, todos los días se encerraba en su casa en un ambiente en donde había una escalera que llevaba a la azotea.

Pero ya había pasado un mes que todos los días se encerraba y lloraba, ya era como una manía que ella tenía.

—Mamá, ¿por qué me has dejado?

Así le decía llorando a su mamá y así no dejaba descansar al alma.

Siempre se la pasaba llorando en ese lugar cerca de la escalera. Una de esas veces que estaba llorando, empezó a sentir unos pasos en la azotea. Se sentía que alguien bajaba por la escalera. Francisca empezó a sentir escalofríos. De pronto, miró con miedo y gran temor que era su mamá quien bajaba por las escaleras. Francisca

cerró los ojos cuando escuchó que su madre le empezó a hablar con una voz tétrica y severa.

—Francisca, Francisca, ya no llores por mí porque estoy bien. Por favor, no llores más. Yo estoy bien. Estoy con Dios.

Y luego escuchó los pasos de su mamá subiendo por la escalera.

Ella casi se desmaya, pero salió corriendo despavorida.

Desde aquella vez, no volvió a llorar más. Solo rezaba por su mamá. Pero sus lágrimas se le secaron para siempre. Y esa es la historia de la prima Francisca.

Rosa Mercedes Claros Hurtado
(69 años)

HISTORIA DE UNA MALDICIÓN

Por parte de la familia de mi mamá, tenemos lo que se llama «raíces fuertes»; mi abuelo era de Ayacucho, de un pueblito de adentro, bien adentro, en donde se empezaba a confundir el color de la tierra con el verdor de la selva. Por otro lado, está mi abuela que es de Cusco y tiene un nombre curiosísimo: Emperatriz; ella era feliz, pero estaba harta de los golpes que recibía por parte de su familia.

Cierto día, ella y su hermano subieron a un árbol altísimo y encorvado para huir de sus padres, que venían con palos para pegarles sin motivo ni razón. El arco del árbol terminaba encima de la carretera y, en ese momento, pasaba un camión. Cuenta mi tío que mi abuela lo miró fijamente, se despidió y se dejó caer en la tolva de ese camión.

Una vez ahí, atravesó Cusco, Puno y Arequipa hasta llegar a Lima con apenas trece años. Terminó en el Callao, llorando, porque estaba perdida. Lo único que se le ocurrió fue caminar y caminar hasta llegar a las

playas, en donde siguió caminando a la orilla del mar. Lo único que me viene a la cabeza ahora es la imagen de mi abuela, una niña, caminando por los barrios que ahora son conocidos como los barracones o la zona de Siberia para llegar luego a la playa de La Punta y Cantolao.

Fue en Cantolao donde una familia italiana la acogió, le dio trabajo para que sirviera en la casa. Allí aprendió a leer, escribir y comer choros. Ella nunca pudo ir al colegio, pero hoy ya sabe muchas más cosas que yo.

Cerca de un año después, llamaron a un grupo de muchachos para que colgaran las cortinas de la casa. Uno de estos muchachos era mi abuelo, con apenas 15 años, quien había escapado de su casa de Ayacucho en condiciones similares. Ambos jóvenes se miraron, se gustaron y mi abuelo decidió enamorar a Emperatriz. Así estuvieron cerca de un año más, hasta que mi abuelo pidió un trabajo en la casa con la única intención de estar cerca de mi abuela.

Juntaron sus ahorros y compraron una casita en lo que hoy es La Perla, Callao. En esa época, todo era tierra, con carretas y sapos; pero vivieron felices en su casita de un piso con maderas y calaminas.

A sus quince años, mi abuela salió embarazada del primero de sus nueve hijos. Vivían felices, aunque eran muy pobres. Mi mamá me cuenta que muchas veces faltaban cosas en casa, pero las risas y los aprendizajes eran pan de cada día. Tuvieron una vida hogareña, muy de pueblo para Lima.

El asunto era mi abuelo. Él nunca contó a sus hijos ni a su esposa cómo salió de Ayacucho. Con el paso del tiempo, se hizo adicto a la bebida. Era un hombre muy simpático, reilón. Mi madre cuenta que siempre tenía una risa suelta para todo. Y, cuando estaba muy ebrio, cantaba al cielo; pero luego renegaba, renegaba mucho, pronunciando unas palabras que nadie entendía, salvo mi abuela. Él decía:

—*Kurakuna payaqtan, arakuna payaqtan.*

Nadie sabía por qué repetía siempre esta frase, lleno de amargura y pena. Nadie lo sabía hasta el día en que el abuelo enfermó. Empezó por no poder pasar los alimentos, luego palideció y, en el hospital, lo desahucieron; le dijeron que no tenía cura porque tenía una obstrucción en los intestinos. Debieron hacer más exámenes, pero no tenían dinero.

En esa angustia, mi abuela decidió llevarlo a un brujo para que le pase el cuy. El brujo era paisano de mi abuelo, era de un pueblito de Huanta, Ayacucho, no muy lejos del pueblo de donde escapó mi abuelo cuando era más joven.

Entonces, le pasaron el cuy y luego lo abrieron para ver qué era lo malo que tenía en el cuerpo... y aquí viene lo raro. Al abrir el cuy, que antes había sido un animal muy sano, tenía incrustado en sus intestinos espinas largas de pescado, las cuales impedían que la comida pasara con normalidad. Sin embargo, el animalito seguía vivo, abierto en la mesa del brujo; mi abuela podía ver cómo el corazón del animalito seguía latiendo y, mientras lo hacía, mi abuelo seguía vivo, durmiendo a su lado.

El brujo, con mucho cuidado, retiró las espinas de los intestinos del cuy y le hizo pasar la comida atragantada en el esófago del cuy, poquito a poquito, tripita por tripita, hasta que todo quedó libre. Lo suturó, se despertó y el animalito estaba bien; también mi abuelo estaba mejor.

Sin embargo, había otro mal. El brujo explicó a mi abuela y a mi tío, su hijo mayor, que a mi abuelo le habían hecho un daño; en otras palabras, le habían hecho brujería y que lo del intestino era solo un inicio de todo

lo que estaba por venir. El brujo explicaba que era un hechizo negro, muy negro, que lo había hecho alguien que lo conocía bien. Nos dijo que seguramente fueron sus hermanos y hermanas que le habían hecho eso para que no vuelva a reclamar las tierras que él tenía en Ayacucho.

El brujo le pidió más dinero a mi abuela para curarlo del todo, pero ella ya no tenía de dónde sacar más. El brujo se compadeció y, aunque no lo curó, hizo una última revisión a mi abuelo para explicarle cuál era ese mal que padecía.

Resulta que el mal que padecía mi abuelo consistía en padecer toda su vida de un vicio y que este lo iba a consumir, por lo que viviría toda su vida en la pobreza. Según el brujo, ese maleficio, que había implicado el sacrificio de algo o de alguien (así de fuerte era), iba a durar una o dos generaciones más. Toda su descendencia tendría los mismos problemas: económicos y personales, un vicio que los iba a consumir, no necesariamente se trataba de la bebida, sino de algo que no los dejaría vivir tranquilos. Finalmente, había una magia que le habían lanzado al abuelo para que muera sin volver a ver nunca más su tierra.

Me temo que atinó. Muchos de mis tíos, yo y mis hermanos hemos tenido esos conflictos. La intención de ese hechizo era para que mi abuela no volviera, ni ninguno de sus hijos, a reclamar las tierras de Ayacucho. Su familia quiso que él muriera lejos de su tierra y así pasó.

Quizá por eso, cuando bebía y renegaba de su pueblo, decía *kurakuna payaqtan*, *arakuna payaqtan*, tierra de curas, tierra de brujos.

El abuelo murió, tal como dijo el brujo, de una cirrosis generalizada.

Gonzalo David Marquina Arcos
(28 años)

LA MARIPOSA AZUL

En Cusco, Quillabamba, hay una creencia de una mariposa grande, hermosa, de color azul, que normalmente no se la ve en las casas.

Se dice que, si esa mariposa llega a entrar a la cocina o al comedor, es porque vamos a recibir una visita de lejos.

Y si entra al cuarto, es porque la visita se va a quedar por mucho tiempo.

En la casa de mi abuelito, una vez vimos una mariposa azul y, pasando una semana, recibimos una visita.

Es una costumbre que se la escuché a mis abuelitos, y luego se la escuché a mi mamá.

Y ahora mis hijos también llevan esa costumbre cada vez que van a la casa de mis abuelos.

Tania Delgado Ríos
(42 años)

LA SIRENA DEL TITICACA

Mi abuela es de uno de los pueblos de Puno que se ubican al margen del lago Titicaca. En su pueblo no había luz ni agua potable, pero siempre tenían algo que hacer. A veces veían su chacrita y otras veces pastaban sus animales, por eso el día empezaba muy temprano y acababa con la caída del sol.

Mi abuela vivió y envejeció en su casita, por lo que varias cosas le han pasado, pero recuerda mucho el miedo que le dio cumplir quince años. En su pueblo, era muy frecuente que las chicas desaparecieran, sin dejar el menor rastro, al cumplir los quince años. Las familias, asustadas, intentaron buscar alguna explicación a lo que ocurría y llegaron a la conclusión de que un espíritu malo venía del lago a llevarse a las quinceañeras.

¿El motivo? Nadie lo tenía claro, pero varios ya iban diciendo que habían escuchado una voz que venía desde el lago, como un lamento, antes de que desaparezca una nueva jovencita. Sin embargo, mi abuela, pese a sentir miedo por las desapariciones, no podía dejar de hacer sus deberes en casa.

Ella era la responsable de pastar a los animalitos de sus papás. Los llevaba hasta las partes más altas y los volvía a bajar hasta casi el margen del lago, en donde quedaba su cobertizo. Fue en un pastoreo usual cuando ocurrió lo que te imaginarás...

Mi abuela volvía de pastar a sus animales cuando escuchó, a lo lejos, el llanto de un niño. Era un niño pequeño, casi un bebé; lo distinguía por el chillido que emitía al llorar. El sonido no se parecía en nada a la voz que sus vecinos decían escuchar, así que ella no pensó en los fantasmas ni en los espíritus. Todo lo contrario, ella pensaba que había un niño al que debía ayudar, por lo que empezó a buscarlo.

Mi abuela andaba como ida, así lo cuenta ella. Solo avanzaba y avanzaba, buscando al niño, pero sin prestar atención hacia donde se estaba dirigiendo. En sus recuerdos, ella menciona que empezó a ver el lago hacia el fondo, pero faltaba mucho aún para estar cerca, por lo que siguió avanzando. Ella dice que se sentía muy angustiada por el niño, porque cada vez lloraba más fuerte y solo pensaba en encontrarlo lo más pronto posible. Mi abuela avanzaba y avanzaba...

—¿Qué haces allá, niña? —escuchó a lo lejos.

—Busco un niño, está llorando —respondió mi abuela.

—¡Qué niño ni nada! ¡Váyase a su casa!

Mi abuela dice que se sintió despertar de un trance. Fue en ese momento en que se dio cuenta que estaba ya al borde del lago y que, con dos pasos más, terminaría en el fondo del Titicaca, sin oportunidad de retorno.

Lorena Yasmín Alfonso Incacari
(26 años)

LOS DOS SOLES

Mi madre me ha contado que de la iglesia Pata, más abajo, hay dos piedras enormes que tienen forma de mujeres, una como si estuviera gestando y la otra como si tuviera a su bebito cargado. Estas son las evidencias de un acontecimiento extraño que sucedió en el pueblo de Santa Rosa, Apurímac.

Se dice que hace mucho tiempo dos hombres se encontraban trabajando en la construcción del río, ya faltaba poco para que terminen, pero de pronto sucedió algo inesperado, en lo alto del cielo aparecieron dos soles y uno al lado del otro, los hombres se decían:

—¡Ya no hay tiempo!

Estaban desesperados porque esos soles generaban tanto calor que las personas se empezaron a quemar. Ellos hicieron sus casitas como unos hornitos para poder salvaguardarse, pero eso no valió de nada, porque al final todos murieron.

Había dos mujeres que se encontraban lavando cerca del río, y en ese momento, que ocurrió la salida de los dos soles, ellas gritaron pidiendo ayuda por sus vidas, nadie las ayudó, pero la leyenda cuenta que quedaron convertidas en dos enormes rocas que hasta ahora existen.

Asimismo, en la actualidad se puede ver en aquel lugar, que está cerca al río y es profundo, muchos huesos de las personas que murieron debido a ese trágico momento.

Grimaldina Pumacayo Palomino
(56 años)

LOS GENTILES DE PUMAKURKU

Esta historia ocurrió en 1960. Nosotros vivíamos en un cuarto alquilado por el barrio de San Cristóbal, en una callecita llamada Puma KurKu, nombre incaico que traducido al castellano significa «espina dorsal del puma».

Sucede que había una señora muy amiga de mi mamá, que le ofreció unas habitaciones para ir a vivir sin pagar nada pero con la condición de que cuiden de sus huertas que estaban al lado, cuyo nombre era Sapantiana (nombre incaico traducido al español como «donde vive solo»).

Teníamos que cuidar su casa, hacer la limpieza y, además, cuidar sus chacras que quedaban frente a las habitaciones que ocupábamos.

Días van días vienen, cumpliendo con la labor, un buen día mi mamá nos llevó con ella dejando dormido en el cuarto (viejo y colonial) a mi hermano Alfonso, cuyo primer nombre es Jesús.

Ahora bien, mi mamá se dedicaba a la reventa de productos y por las primeras gradas para subir a los restos

arqueológicos de Saccsayhuaman venían campesinos de las comunidades de Ccorau trayendo papas, habas, maíz, moraya, chuño, etc.

Estas mercancías las transportaban en llamas y para comprar tenían que echar carrera para dar alcance y coger la mayor cantidad de llamitas para descargar la mercancía. Esta carrera la tenía que hacer mi mamá Victoria, las competidoras Sra. Trini, la Sra. Nicolasa, la Sra. Plácida, la Sra. Grimanesa, la Sra. Paulina, la tía Lucrecia y otras señoras que mi mente frágil ya olvidó.

Un día cualquiera nos fuimos como siempre a esperar mercadería. El tercer hermanito, Jesús Alfonso, se quedó dormido. En aquel entonces él tenía 5 añitos, Arístides 10 y yo 11 años.

Pasaban las horas y no había señales de que vendrían los campesinos. Ya era más de mediodía, por lo que mi mamá tomó la decisión de regresar a la casa para preparar el almuerzo. Mi hermano Arístides y yo veníamos bien distanciados de mi mamá, cuando en eso mi mamá Victoria pegó un grito:

—¡La casa se está quemando! Seguro el Jesuscha ha prendido el farol.

Cuando se acercó más a la puerta, se hizo oscuro y no había fuego.

Pero mi hermano Jesús estaba bien pegado en una esquina; cuando vio a mi mamá, echó en llanto señalando el rincón diciendo que había un niño que le quitó sus tiros (canicas o bolitas de cristal), que le había ganado.

Describió al chiquito o niño con ojotitas, pantaloncito corto, un saquito y su chullito (gorrito de lana).

En un momento, este caso pasó desapercibido, pero lo sorprendente fue que mi hermanito no se alejaba o quitaba la mirada a ese rincón.

Los días pasaban y poco a poco dejó de tomar sus alimentos; fue enflaqueciendo.

Mi mamá muy preocupada hacía las averiguaciones del caso y todos daban diferentes opiniones hasta que, por esas casualidades, se encontró con una señora de edad, quien al venir a visitar y ver al niño que se encontraba postrado en cama y muy malas condiciones, dijo, en su idioma materno, es decir, en quechua:

—*Wauuu cay herketaca machuma japiruska.*

En castellano o cristiano dijo: Wauuu, este pequeño ha tenido un encuentro con un duende o un viejo.

Le indicó a mi mama para que busque un curandero, incluso dijo que ella conocía uno bueno. Nos dio los datos necesarios y fuimos en su búsqueda. Este señor vivía en San Cristóbal, a la espalda de nuestra pequeña morada. Era el guardián de la hacienda que está junto a la iglesia de San Cristóbal.

Luego de muchas súplicas accedió a ir a ver al niño, pero ya al siguiente día.

Llegó el día esperado y nosotros ansiosos mirábamos la esquina.

El señor era un hombre flaco de mediana estatura y ya entrado en edad, que venía a paso lento.

Estaba como a media cuadra y mi hermanito, sin conocerlo y aún sin haberlo visto, se sentó en la cama y empezó a gritar con toda la fuerza le quedaba:

—No quiero que venga ese viejo, no quiero, bótenlo.

El señor, con toda la paciencia que da la edad y la

experiencia, pidió un banco, luego de rezar quiso tocarle la frente, pero el niño reaccionó queriendo puñetear y morder. El señor con mucha sapiencia dijo:

— *Wac mantachu tupasun ima raycun cay angelituta chay nata sufrichinkiñ* (De nuevo nos vamos a encontrar porque haces sufrir a este angelito).

Luego le dijo a mi mamá que tenía que comprar ingredientes para hacer un despacho (así se dice al pago que hay que hacer a los apus²), pero de inmediato, porque el niño estaba muy grave, los duendes estaban consumiendo su corazoncito, además le pidió que hiciera una muñeca de pan con harina pura.

Esa misma noche se hizo el primer despacho de tres que se tenía que realizar; lo hizo en su trabajo, en la hacienda.

El segundo era el más difícil, ya que tenían que ir a Saccsayhuaman y quemar el despacho. El señor curandero pidió dos personas, más un fruto que se llama cidra y el pan wawa, el cual tenía que ser casi de medio metro.

2 Los apus son las montañas, son como espíritus protectores que velaban por las personas en su territorio, por su ganado y sus cultivos.

Con todo las cosas que se compraron para el segundo despacho, el señor curandero, mi mamá y una de sus compañeras de trabajo se encaminaron rumbo a los restos arqueológicos, más o menos a las 9 de la noche porque la quema de esta ofrenda tenía que ser a las 12 en punto.

Según mi mamá, el ritual o la ofrenda lo realizaron alrededor del pan wawa que mandó a hacer. Una vez que terminaron, el señor curandero pidió a las personas que lo acompañaron a cargar el pan wawa que mandó mi mamá, tenían que cargarlo en las espaldas por turnos y marchar rumbo a casa; pidió que caminen rezando, pero que por nada del mundo voltearan la mirada hacia atrás, por más que escuchen llamadas o ruidos, porque de hacerlo sería el fin del niño.

El curandero venía llamando tras de ellas:

—Ánimo de Jesusito, angelito de Dios, vuelve a tu cuerpo. Espíritus del mal suelten a ese angelito.

Dice mi mamá que el ambiente era tenso, parecía que todo se movía, sentía silbar el viento como llantos y quejidos y el pan wawa cada vez se volvía más pesado.

Al llegar a casa con la cidra que compraron más algunos huairuros³, hizo un collar y le colocó en el cuellito del niño que se encontraba en un sueño muy profundo.

Dijo el señor curandero que no se lo saquemos por más que llore y que si habían logrado o aceptado los apus, el pequeño empezaría a comer y fue así.

Despertó con apetito y empezó a comer.

Pasado los días, volvió el señor a terminar el trabajo, es decir, el último despacho. Cuando mi hermanito vio al señor, se levantó de la cama, corrió donde el señor, se abrazó y tomó asiento en sus rodillas.

El curandero le acarició su cabellito.

Sugirió que nos vayamos de esa casa, lo cual hicimos después de un tiempo.

Volviendo al tercer despacho, empezó a quemar cuando, de pronto, miró al rincón, donde mi hermanito había visto y jugado tiros o bolitas, y dijo:

³ El huairuro es una semilla pequeña como un frijol de color rojo y negro que proviene de la planta conocida como *Ormosia coccínea*, oriunda del antiguo Imperio Incaico y que crece en las zonas húmedas y tropicales. Desde hace muchos años, se cree que tiene un poder de protección como el de un amuleto o talismán.

—En ese rincón hay un tapado⁴ y es grande. Pero está cuidado por dos gentiles (duendes o viejos). Me ofrezco a extraer, pero vamos mitad, mitad.

Le comunicamos a los dueños, pero se rieron diciendo que era cuento de ignorantes.

Pasó un tiempo y una tarde llovió bien fuerte; había rayos y relámpagos. Nosotros, mi mamá, una señora llamada Antonia, mi hermanito, que ya se había recuperado, el Arístides y yo estábamos sentados mirando por la ventana, cuando de repente un rayo entró al cuarto y cayó justo donde dijo el señor curandero, sobre el tapado, con una luz lo sacó y lo llevó hacia el cerro y solo dejó un hueco con huesos de gente.

Bajó el dueño y dijo:

—Lo que hemos perdido por incrédulos.

Esta es la historia que vivimos en carne propia. Ahora, si lo creen o no, queda a criterio de los que lo lean.

Mario Félix Huamán Valencia
(66 años)

⁴ Tapado: Tesoro escondido.

LOS RIELES A MEDIANOCHE

Chincha siempre fue un pueblo chico lleno de misterios. La presencia de brujas y curanderos era permanente en la población, por lo que más de una familia tenía alguna historia que contar con respecto a sus encuentros cercanos con la muerte o la desgracia.

Sin embargo, yo nunca fui muy apegado a las costumbres en mi pueblo. Compartía las festividades y siempre amé a mi familia, pero los libros fueron mis compañeros desde muy joven. No cabía en mi cabeza que para explicar una enfermedad o una mala decisión económica se tuviera que buscar siempre una explicación sobrenatural. Las personas enferman o caen en la quiebra por factores claramente comprobados por la ciencia.

Este carácter mío hizo que me fuera a Lima a estudiar. Ingresé a la universidad en la carrera de Filosofía, lo cual me llenaba de orgullo y me hacía querer seguir aprendiendo sobre el mundo que me rodeaba. Y fue justamente ese mundo el que me enseñó que no todo tiene una explicación en esta vida.

Yo volvía a mi casa en Chíncha cada cierto tiempo; regresaba en colectivo y muy de noche, luego de desocuparme de mis responsabilidades en la universidad. Al llegar al paradero final, caminaba por los rieles del tren hasta la puerta de mi casa. En esa época, nadie tenía miedo de ladrones, pero sí de los muertos.

—Si vas a llegar pasadas las doce, mejor ya no vengas —me decía mi mamá cada vez que llegaba más tarde de lo usual.

—Está bien, está bien —respondía yo, distraído en mis libros y revistas.

Es de suponer que no hice caso a las advertencias de mi santa madre, por lo que una noche no calculé bien el tiempo y llegué al paradero final a la medianoche en punto.

—Quédese a dormir por acá, joven, no se lo vaya a llevar la noche —me dijo el colectivero, que ya me conocía de tantos viajes que hacía.

—Vivo aquí cerca, no se preocupe —respondí y emprendí mi caminata usual.

Los rieles del tren eran oscuros y muy silenciosos, solo la aparición de un tren podía romper ese momento de quietud total que rodeaba ese camino. Sin embargo, esa noche de la que les hablo ni siquiera hubo un solo tren que pasara para hacerme algo de luz. Caminé y caminé hasta llegar a dos cuadras de mi casa cuando, de pronto, vi que una joven venía caminando hacia mí. No podía ver su rostro, pero ella lloraba, parecía perdida y decidí acercarme.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo te llamas? —pregunté sin tener respuesta.

—Vamos, aquí está mi casa, acompáñame para que mis padres puedan ayudarte.

Así empezamos a caminar juntos; caminábamos y caminábamos juntos, pero no avanzábamos. No entendía por qué demorábamos tanto si mi casa ya debía estar al finalizar la cuadra, sin embargo, no le decía nada a ella porque no quería asustarla. De pronto, ella dijo:

—Ven, vámonos a caminar por el tren —y yo la seguí, no sé por qué, pero la seguí.

Fue en ese momento en que miré hacia abajo y descubrí lo inimaginable: no tenía pies. Ella flotaba a mi lado, ella no tenía pies. De pronto, recordé todas las historias y leyendas que me contaron en mi pueblo; todas coincidían en que ver a alguien sin pies era un claro indicio de que esa persona ya no estaba en este mundo. Ella, al sentirse descubierta, simplemente desapareció.

Lo siguiente que recuerdo es despertar en mi habitación con mi madre rezando, abrazada de su rosario, a los pies de mi cama.

—Te dije que no vinieras después de la medianoche, pensé que esa maldita se había llevado a mi hijo cuando te encontré —dijo mi madre entre sollozos, abrazándome.

Resulta que mi familia me encontró a dos cuadras de mi casa, en el lugar donde había tenido mi encuentro con aquella misteriosa mujer. Me encontraron tirado en el suelo, boca arriba, hablando incoherencias y retorciéndome como si sufriera un intenso dolor.

Fue gracias a los ladridos de mi perro que pudieron encontrarme a tiempo. Mi madre me cuenta que en ese año fueron varios los jóvenes que encontraron arrollados

por el tren al amanecer. Todos volvían a sus casas pasada la noche y los que sobrevivían, contaban que una mujer los llevaba hasta allá. Mi madre dice que mi perro sintió que yo estaba cerca de casa y en peligro, por lo que empezó a ladrar, aunque no fuera su costumbre, razón por la cual pudieron encontrarme antes de que ella me llevara de vuelta a los rieles.

Hoy, sigo sin creer en brujas y fantasmas, pero si mi madre me dice que algo malo puede suceder, entonces debo escuchar su consejo.

Alberto Vásquez Tasayco
(70 años)

LOS YACURUNAS

Esto me sucedió cuando yo tenía 8 años más o menos. Mi papá siempre tenía la costumbre de llamarnos (a mi hermana y a mí) cuando regresaba de una fiesta; nos pedía que le llevemos linternas para ayudarlo a alumbrar el camino.

Una noche, no pude dormir porque sabía que él nos llamaría. De repente, escucho a lo lejos mi nombre:

—¡Ooolga, Ooolgaaa!

Al escuchar los llamados de mi padre, me acerqué a mi hermana y le dije:

—Martha, ya vino mi papá, vamos, llevemos las linternas.

—No molestes —me dijo Martha.

—Vamos, Martha, acompáñame —le dije porque yo era muy miedosa; pero no me hizo caso.

Nuevamente escuché clarito la voz de mi papá:

—¡Ooolga, Ooolga!

Así que agarré una linterna grande y fui a su encuentro. El camino era lejos, tenía que llegar hasta donde estaban las canoas y los botes. Al llegar, alumbré con la linterna para que mi papá pueda verme y, de pronto, vi unas grandes rocas plateadas. En mi curiosidad, seguí alumbrando y pude observar a varias personas alrededor de las rocas; al ver eso, me asusté y empecé a gritar:

—¡Martha, Martha, ven!

Sentí que me estaban jalando, precisamente no era mi papá quien lo hacía y me desmayé.

Al escuchar unos gritos, mi hermana fue a mi encuentro, menos mal estaba despierta. Ella me contó que también pudo ver lo que yo vi, y empezó a decir que eran los yacurunas y que las rocas plateadas eran las mesas de ellos.

La gente siempre mencionaba a los famosos yacurunas, pero nosotros no creíamos. Los yacurunas son las hermosas sirenas y tritones.

Recuerdo que cuando era más pequeña, vi una sirena sentada en una balsa, era muy bonita y tenía un cabello bien largo, al verme se asustó y se metió al agua. Le conté a mi mamá lo que vi, pero ella no me hizo caso.

Volviendo a lo de mi desmayo: mi hermana fue a ayudarme. Ella llevó un machete para salvarme del peligro, pero como eran seres mágicos, no pudo hacer nada. Lo único que hizo fue tirarme con el machete en la nalga para poder reaccionar. Ella me arrastró y me llevó nuevamente a la casa; si no lo hacía, los yacurunas me llevaban.

Esta es una de las historias que suelen ocurrirle a los habitantes del pueblo de Argentina, ciudad de Iquitos, región de Loreto, cerca de la frontera con Brasil.

Olga Mozombite Arana
(58 años)

SOCORRITA

En el distrito de Anra, provincia de Huari, departamento de Ancash, hay una pequeña cueva por donde resbala agua cristalina, la cual recibe el nombre de «Agüita de mamita Socorro» y la leyenda cuenta que si llegas a esa cueva y bebes de ella, te quedas en el pueblo.

El pueblo de Anra es muy chico, tiene hermosos paisajes, abundante vegetación y distintas especies de animales. La gente es muy amable, trabajadora y honrada y aprovechando los recursos que poseen, se dedican a la crianza de animales y a la siembra.

Esa leyenda es contada por muchos abuelitos de este pueblo, ellos les cuentan a sus hijos y estos a sus hijos, así se va transmitiendo de generación en generación.

A mí, me lo contó mi abuelita y pude comprobarlo porque a una vecina le sucedió. Preguntándole y preguntándole, me contó que ella era de otro pueblo; cuando llegó a Anra, le advirtieron que no debía probar esa agua, pero no le tomó importancia, pensó que era mentira, así que lo hizo.

Fue grande la sorpresa que se llevaron sus familiares y amigos porque ella se enamoró de un anrino y se quedó aquí.

Ludga Laurente Guardia
(45 años)

UMA: LA CABEZA VOLADORA

Mi abuelita nos contaba vivencias que eran tan fantasiosas que parecían no reales. Una de ellas es sobre la bruja o como era conocida en mi pueblo «Uma: la cabeza voladora».

Cuenta la leyenda que en un pueblo vivía una joven de cabellos largos, la cual siempre llevaba consigo un pañuelo que ocultaba una marca en su cuello. Todos los martes y viernes la cabeza se desprendía de su cuerpo y salía a pasear toda la noche sin rumbo. Tal cual como un encanto la cabeza tenía que volver antes de las 4 a. m. a sentarse en su cuerpo o este moriría.

En las noches, los pobladores que regresaban tarde de las montañas escuchaban un *chajaj chajaj chajaj*, proveniente de la cabeza indicando que esta se acercaba; usualmente la cabeza se pasaba de largo y no les hacía ningún daño.

Si la bruja no había logrado volver a su cuerpo antes de las 4:00 a. m. y el cuerpo de la cabeza voladora había fallecido, esta buscaba un nuevo cuerpo donde sentarse.

Para evitar que su cuerpo sea elegido como el hospedador de la cabeza, los pobladores recurrían a una espina llamada «huaranjo», que usualmente se usaba en el pueblo para construir cercos, y se las colocaban alrededor de los hombros y en la parte debajo de su vientre.

En un pueblo, se contaba que había una pareja de enamorados, en la cual ella no le permitía a su enamorado que la visitara los días martes y viernes, lo cual planteaba en el joven muchas dudas, quien repetía en su mente:

—¿Por qué no querrá que la visite los martes y viernes? Quizá tiene a otro y me está engañando.

Un día viernes, el joven impulsado por los celos y la curiosidad fue a la casa de su enamorada.

Al adentrarse en esta, se llevó un gran susto al encontrar el cuerpo de su amada sin cabeza, ver la sangre que hervía y corría por su cuello.

El tiempo pasaba y el joven daba vueltas en la casa, caminando de un lado al otro mientras escuchaba al cuerpo de la joven roncar.

El joven tomó un poco de cenizas en su mano y las esparció sobre el cuello de la joven, ya que había oído que si colocas ceniza en el cuello de una bruja, la cabeza no puede volver a sentarse en el cuerpo y este moriría. Lo que no contaba el joven era que ya eran cerca de las cuatro y escuchó cómo la cabeza regresaba a su casa. Ante una rápida reacción el joven decidió subir y esconderse en la marca⁵ del techo.

La cabeza de la joven al llegar e intentar asentarse en su cuerpo, no pudo hacerlo debido a que en el cuello había cenizas. El cabello de la cabeza comenzaba a expandirse y la cabeza rondaba sobre el suelo, junto al cuerpo ya muerto de la mujer. Pero al sentir el olor del joven voló hacia arriba y se encontró con el chico. Enojada la joven le dijo:

—Yo te dije que no vinieras ni los martes ni los viernes. Ahora te quedarás conmigo para siempre —y en un rápido movimiento se sentó en el hombro de este.

El joven no sabía qué hacer, así que bajó y fue corriendo hacia el monte.

⁵ Marca: lugar debajo del techo donde se guarda el maíz, trigo.

Había pasado alrededor de una semana y la familia del joven comenzó a preguntarse dónde estaría, mientras que él y la cabeza de la joven seguían en la parte alta del monte.

Un día por casualidad se toparon con un árbol de pacay, y el joven le dijo a ella:

—Qué rico pacay, podríamos comerlo.

Se quitó el poncho y lo puso sobre el pasto, volteó y le dijo a la joven:

—Siéntate acá, yo voy a subir a recoger.

—No, tú te vas a escapar —le respondió la joven.

—Pero por dónde voy a escapar —le contestó el joven—. Yo no tengo alas para poder escapar, yo tengo que bajar acá.

Luego de tanta exigencia, el joven logró que la cabeza se sentara sobre el poncho a los pies del árbol, mientras él subía para sacar el pacay.

El joven una vez arriba, se preguntó:

—¿Y ahora cómo bajo?

Para la buena suerte del joven, de un lado del monte venía un venado. La cabeza al ver que algo corría pensó que era el joven intentando escapar, y salió volando tras él. El joven al ver que la cabeza volaba detrás del venado bajó, cogió su poncho y se echó a correr escapando hacia el pueblo. Esa fue la salvación del joven. Y del venado y la cabeza de la chica nunca se supo nada más.

Mi abuelito también logró encontrarse con la cabeza. Hace mucho tiempo en Condoray, él regresaba del monte junto a su yerno y sus animales. Faltaba poco para que sean las 4:00 a. m. cuando escuchó a lo lejos el sonido de la cabeza voladora, le dijo a su yerno:

—Rápido, pásame esa espina y tú también colócate.

El yerno le hizo caso y los dos mayores esperaron que la cabeza pasara por el camino.

La cabeza de la bruja volaba con tal velocidad que chocó con las espinas que traía mi abuelito y su cabello se atoró en estas. La cabeza les rogó que la suelten y a cambio les ofreció dos toros. Asimismo, les indicó, a mi

abuelito y a su yerno, dónde debían ir el día siguiente a recogerlos.

El día siguiente había llegado y ellos fueron al lugar donde la bruja les había dicho. Buscando con la vista a la joven, llegaron a pensar que esta les había engañado, cuando a lo lejos vieron a alguien que les pasaba la voz moviendo su mano de un lado a otro.

Ambos caminaron hacia ella, y la joven les invitó a que pasen a comer y luego se podrían ir con los toros que les había prometido.

Mi abuelo regresó a su casa con mi abuelita en Ninabamba; cuando ella le preguntó dónde había estado, él le dijo que había ido a recoger unos toros.

Mi abuelita se asombró y le preguntó cuánto le habían cobrado por ellos, a lo cual él le respondió que se los regalaron. Al ver que mi abuelita estaba confundida, mi abuelito decidió contarle lo ocurrido.

Marina Palomino Orihuela
(86 años)

UN CABALLO Y SU MISTERIOSO JINETE

Pues resulta que mi familia, allá por los años 60, tenía como principal fuente de ingreso económico dedicarse a la chacra y trabajar en el puerto. Así, en el muelle del puerto Supe, donde trabajó mi abuelo, se dio inicio a muchos mitos y vivencias únicas, las que acompañaban las jornadas laborales. Todo esto no pasaba más de una simple anécdota, hasta que tocó vivirla en carne propia.

Mi abuelo, el recordado Amadeo, era un hombre muy envalentonado, con una contextura robusta, no más de 1.50 m, superado a todo, un estibador a la antigua, de los que no te atreverías a decirle pequeño o enano si lo tuvieras enfrente. Era de los que no tienen tanto tiempo de prestar atención a historias de fantasmas, ni obsesiones paranormales, muy devoto a su religión.

Para hablar un poco de lo ocurrido a mi abuelo, debemos saber lo siguiente: sus horarios eran rotativos, vale decir que a veces iba por las mañanas y otras por las noches. Iba al trabajo en movilidad y otras caminando. En el puerto de Supe, anclaban muchas embarcaciones y se producía harina de pescado.

Entonces una noche ocurrió lo impensado, durante una de sus salidas rutinarias a pie, atravesando chacras, cruzando por callejones, todo para llegar al puerto. Todo marchaba bien hasta que se percató que en el camino no se cruzaba con nadie, como normalmente lo hacía. Pero no le tomó tanto interés hasta que empezó a sentirse incómodo, fatigado, inquieto y observado; él solo tenía como misión llegar al puerto.

De pronto, todo signo de coherencia y lógica perdía sentido cuando divisó un caballo con un jinete en su ruta; le resultaba más práctico negarse a lo irreal y aferrarse a la idea de un espejismo para seguir adelante. No había nada que ahuyente a dicho animal, ni a mi abuelo, en seguir testarudamente su camino con la cabeza gacha. Hasta que llegó el momento de encontrarse cara a cara, y obligarse a levantar la mirada con el asombro de no distinguir la silueta, la cual estaba a unos centímetros. Pero esta no manifestaba forma regular, que por cierto nunca logró describir, fueron los cinco segundos más largos en su vida, hasta que un golpe de realidad le hizo reaccionar: sonó a lo lejos el rechinar de una puerta de madera vieja con bisagras oxidadas. Giró la mirada hacia el sonido, y cuando regresó los ojos, el gran equino y el jinete habían desaparecido.

Se sacudió la cabeza, se palmoteó las mejillas y siguió su camino. Cuando llegó al puerto, encontró a todos ahí, les contó lo sucedido y el círculo vicioso de mitos y vivencias incorporó una nueva historia en el puerto de Supe.

AR
(53 años)

UNA PEQUEÑA GRAN APUESTA, APELLIDADA TAMBODUMBRE

En un pueblito llamado Tambo, en Ayacucho, nació Máximo, mi padre. Vivió allí hasta los 16 años. Cuando cumplió 17, viajó a Lima junto a su hermano mayor, que era mi tío Ernesto, pero él regresó después de unos meses porque decía que no se acostumbraba en la ciudad. Mi padre sí se quedó en la capital; no tenía un trabajo estable, por eso andaba de un lugar a otro, hasta que conoció a mi madre y se enamoraron. Llegaron a tener tres hijos, la mayor soy yo, pero lamentablemente mi mamita Esther falleció cuando yo tenía cinco años; mi hermano Víctor, dos; y mi último hermanito, César, recién nacido. Es que mi mamá murió dando a luz a mi hermano César. Mi padre sufrió mucho y su preocupación lo llevó a dejarnos por momentos con mi abuela materna, pero luego nos recogía y estábamos con él algunos meses y luego nos volvía a dejar con mi abuelita. Así estuvimos por casi cinco años, hasta que se comprometió con una buena señora que nos crio como sus verdaderos hijos y por eso la queremos mucho.

Mi padre solía tomar los domingos, no al extremo, pero sí le gustaba tomar con sus amigos y sobre todo con su compadre Zenón. De vivir por Caquetá, cuando éramos pequeñitos en la casa de mi abuelita por temporadas, llegamos luego a establecernos en Collique, en una casita muy humilde de esteras. Éramos felices, éramos varios también, porque mi papá y su nueva pareja tuvieron cinco hijos más, llegamos a ser una familia numerosa, lamentablemente han muerto varios ya, y cada vez quedamos menos.

Cuando mi padre tomaba los domingos, sacaba una mesa de madera cerca de la puerta principal de la casa y colocaba varias sillas de madera también y ahí llegaban sus amigos; nunca faltaba mi padrino Zenón. Conversaban mucho mientras jugaban a las cartas y de rato en rato tomaban cerveza, pero jamás llegaron a emborracharse al extremo. Yo me paraba en la puerta con mis hermanos menores y nos gustaba escuchar lo que contaban. Cada uno de ellos hablaba de su pueblo: yo nací en Cusco, decía uno; yo en Arequipa, otro; y así, cada uno decía su lugar de nacimiento; mi padrino Zenón decía yo soy cajamarquino; ya sabíamos de dónde era cada uno porque lo repetían cada domingo. Pero nos

gustaba más cuando mi papá contaba sobre su Ayacucho querido. Tambo, Tambo, decía orgulloso y tomaba doble, levantaba el vaso y reía mientras decía Tambo. Sus amigos dejaban de jugar para escucharlo y mis hermanos y yo sentaditos atentos a lo que iba a contar.

—Yo nací en Ayacucho —decía mi padre—, en un pueblito de guerreros llamado Tambo, de allá vengo yo. No es cualquier cosa, es Tambo, todos los que nacemos allá somos descendientes de los Pokras y Huamanies, venimos de una tribu fuerte y guerrera, de la raza chanka.

—Ese compadre siempre habla de los chankas, sigue sigue, compadre —decía mi padrino Zenón.

Nosotros estábamos muy atentos a lo que iba a decir, aunque sabíamos que en cualquier momento mencionaría a los incas, porque siempre hablaba de ellos con un poco de cólera —nos ganaron—, renegaba y tomaba del vaso y luego botaba lo que quedaba al suelo con un poco de rabia.

—Fuimos derrotados por el inca Yupanqui —mi padre hablaba como si él hubiera vivido en esa época. Eso era lo que nos daba mucha risa, se lo tomaba muy a pecho—. Pero debo agradecerle a ese inca —decía levantándose de su silla.

—¿Por qué, compadre? —le preguntaba mi padrino.

—Porque así pudimos llegar al lugar que hoy es mi distrito: Tambo. Mi adorado Tambo, cómo extraño mi pueblo, compadre, nunca más regresé. Extraño a mi familia, a mis padres, a mis hermanos, extraño mi campo, mis animales, los chicharrones, qué rico lo preparan allá —hablaba con una emoción y por momentos se notaba que tenía los ojos húmedos.

—Quieres llorar parece, vecino —le decía un amigo.

—El año mil trescientos y tanto bautizaron a mi pueblo con el nombre de Tampuso, en quechua pues Tambo se dice *tampus* que significa «lugar de descanso» —hablaba orgulloso mi padre.

—Será por eso, compadre, que tú eres medio vago, porque vienes del Tambo — decía mi padrino Zenón, mientras todos se reían y nosotros también nos matábamos de la risa, pero solo mirábamos, ellos eran los que tomaban.

—Ustedes qué van a saber de eso; esto es historia; los chankas eran guerreros; por eso yo, mis hermanos y mi

padre somos fuertes. Mi abuelo era más fuerte todavía, tenía un carácter bravo, por eso todos los habitantes del Tambo respetaban a mi abuelo, más que al alcalde todavía. Los chankas no eran cualquier cosa, eran guerreros, siempre buscaban territorios para agarrárselos pues, cada vez eran más y más, su dominio era grande, bravos eran; pero como todos en este mundo también tenían sus enemigos, esos eran los incas pues, no les digo. Los incas dominaron a los chankas en la época del inca Pachacútec, eso provocó que se formara el Imperio del Tahuantinsuyo. Han oído hablar de eso supongo, hasta a los chibolitos les enseñan en los colegios, qué van a saber ustedes pues que tanto se burlan cuando les cuento, si no han terminado la primaria, yo tampoco, solo llegué hasta segundo de primaria, pero sé porque en mi pueblo se habla siempre de eso. Mi Tambo querido no es cualquier cosa, ya les dije, tiene un origen muy antiguo, ahí no solo ha estado la cultura chanka, también había otras, yo he escuchado a mis paisanos, los más viejos, decir que los warpas y los waris también se han desarrollado en el territorio donde yo he nacido. Tiene mucha historia, por eso siempre me acuerdo de mi Tambo y de mi Ayacucho. También he escuchado decir por ahí que hay restos arqueológicos... algo así de huesos, eso dicen los que estudian

pues, en las alturas hay esos restos, los han encontrado en Masinga, Usmay, Huaytapallana y también en el Challhuamayo. Trabajaban duro pues en la crianza de animales y también cultivaban maíz y papa.

—Asu, tanto sabe mi papá —decía mi hermano Víctor, Cesitar solo sonreía y yo me quedaba asombrada que mi padre con tan solo segundo de primaria sepa tanto de la historia de su pueblo.

Hasta allí no era mucha novedad, ya que siempre hablaba de lo mismo, solo que cada vez le ponía más intención a sus palabras y daba uno que otro dato más. Pensábamos que ahí quedaba su relato porque solo hablaba él y ya se hacía de noche, ya ni jugaban a las cartas, todas estaban sobre la mesa. Pero sí había botellas llenas todavía y los demás amigos y mi padrino seguían atentos a lo que contaba mi padre.

—Recuerdo que mi padre me contó que a mi abuelo, Pedro Oriundo, le gustaba apostar en los juegos de mesa. Será por eso que me encanta jugar a las cartas y soy bueno ah, siempre gano, pero ustedes a las justas y me dan el saludo, menos van a pagar —decía mi padre, riendo a carcajadas—. Mi abuelo era recontra bravo y tenía su

pinta. Me contó mi padre Anselmo, que hace pocos años murió, Dios lo tenga en su santa gloria a mi padrecito, me contó pues que mi abuelo apostaba y cuando ganaba se alegraba mucho y tomaba por tres días seguidos. Ganaba vacas, a veces patos, y hasta cerdos; pero cuando perdía también tenía que dar lo que tenía y ahí también tomaba, pero más días por la cólera de perder. Pero la apuesta más brava era cuando apostaban cambiar los apellidos, eso sí era de locos, hasta ahora no entiendo bien cómo es esa vaina, pero por Diosito que así me contó mi padre que en paz descanse.

—Tu abuelo apostaba y ganaba casi siempre, pero llegó un día en que le tocó otro bravo como él —me dijo mi Anselmito, mi papito lindo.

—Y qué pasó, papá —le dije—. Perdió pues, tu abuelo Pedro perdió, el otro bravo le ganó y entonces tu abuelo tuvo que dar su apellido y el hombre grandote, más grande que tu abuelo, le dio el suyo.

—Pero cómo es eso, papá, eso se puede hacer así nomás, acaso no se tiene que ir a registros públicos y hacer trámites y toda la cosa.

—Yo también pensaba eso, hijo, pero dice tu abuelo que así era todo en el Tambo, muy práctico. Iban a la municipalidad, agarraban una hojita, ponían sus nombres y hacían el cambio de apellidos, rapidito nomás, dos sellitos, la firma y listo.

—Mi abuelo era Pedro Oriundo, verdad, entonces cómo fue el cambio. Tú, yo y mis hijos tenemos el mismo apellido: Oriundo. No entiendo. ¿Y el apellido del otro hombre?

—Dice tu abuelo que no era Pedro Oriundo, sino Pedro Cabrera, pero que en esa apuesta que perdió, cambió Cabrera por Oriundo.

—Entonces el apellido verdadero de ese hombre era Oriundo.

—Sí, hijo. Era Clemente Oriundo y tu abuelo, Pedro Cabrera. Al cambiar los apellidos, tu abuelo pasó a ser Pedro Oriundo y por eso todos nosotros llevamos el apellido Oriundo.

—¿Y eso dónde más ocurría? Qué bravos para hacer esa locura y encima por apuestas, sí que eran más bravos que nosotros ah.

—Dicen que en varios pueblos de Ayacucho y de Cusco también, pero de eso hace mucho, aunque tu abuelo decía que las cosas más bravas pasaban en el Tambo. Será cierto o no, yo estaba muy pequeño cuando eso pasó, por eso no me acuerdo, pues, hijo. Con razón a Tambo le dicen Tambodumbre.

—¿Tambodumbre? Qué nombre para más raro.

—Sí, Tambodumbre, por la incertidumbre, pues, hijo, de no saber a ciencia cierta qué realmente sucedía con los apellidos en el Tambo, si era verdad que los cambiaban así de rápido, o es que todo llegó a ser un invento de tu abuelo.

Después de contar tremenda historia, todos nos quedamos con la boca abierta. Los amigos de mi papá y mi padrino se quedaron tan asombrados que creo se les pasó la borrachera en una.

Sí que las historias del abuelo de mi abuelo eran para no creer. Mis hermanos y yo siempre nos hemos preguntado cuál es nuestro verdadero apellido: si Oriundo, el que llevamos actualmente, o Cabrera el que supuestamente nos cambiaron. Nunca llegaron a respondernos con

claridad, siempre será una incertidumbre para nosotros y seguramente para las nuevas generaciones de nuestra familia también.

Así pues, señorita, esa es la historia del pueblo de mi papá Máximo, más conocido por todos como el papito Max.

Martha Liliana Oriundo Zárate
(61 años)

COSTUMBRES

EL OROFINO

HISTORIA DE TOROS

Aquel 25 de junio, día de la corrida de toros, al promediar la una de la tarde, desfilaba la gente por la alameda o por el camino real. Todo un espectáculo digno de recordación. Los «obligados», con vistosas divisas prendidas a la espalda, cabalgando briosos caballos engalanados, con espuelas roncadoras y bridas de plata, hacían piruetas en la plaza de Armas, acompañados por la banda de músicos. Por allá, cornetas y ayras y el infaltable pitito de san Juan. Era la fiesta del patrón san Juan Bautista de Huaytará. Un mar humano, del color del arcoíris, discurría hacia el campo deportivo de Yuraqhuanca, convertido en esta época en plaza taurina.

Allí, en el coso, están los expertos laceadores que pronto sacarán al ruedo a vacas y toros bravos.

El turno era del Orofino, toro de la crianza de los Morales. Cuentan, que allá arriba, no sé si en Chaplapa o algún otro lugar, paradero de reses mansas, estas se tornan en bravas. Ahí nació nuestro personaje; vivió

oculto entre el pajonal, de las aguas del encantado puquial que la Pachamama le prodigó.

Ahora está el Orofino en el centro de la plaza de Yuraqhuanca, aturdido pero valiente, fuera de su mundo de silencio y soledad; enfrenta una realidad desconocida que lo atrapa. Humea, se yergue cual toro de Lidia, altivo, fuerte y hermoso. Destaca en su color de trigal maduro, semejante al oro, sus astas brillantes de acero filudo: flota en su lomo una divisa de seda azul con cascabeles, cintas y espejos.

Un improvisado torero se anima a enfrentarlo y el Orofino emprende la carrera hacia el advenedizo. Este despavorido huye a ampararse en un molle cercano. El toro con agilidad felina, trepa la pirca y aparece entre los espectadores; cunde el terror; qué correr de la gente, qué griterío, ¡qué ayes, qué caídas! Entonces hombres conoedores, sujetan de los lazos y lo vuelven al ruedo. Aparecen otros toreros y el Orofino solo embiste la capa, con elegante limpieza.

En las tribunas estallan aplausos y gritos de alegría, la banda entona el paso doble y todas las músicas inundan el ambiente; es el goce colectivo, es la vida, es retorno a la tierra.

Es la última corrida de la tarde. En el coso, hay tronar de chicotes y voces que solo estos animales comprenden y obedecen. Don Adolfo Espinoza, artífice de esta tarde inolvidable, arrea con otros hombres, la manda de regreso al alfalfar de la cofradía de Chuquimarán.

Inmediatamente, el público inicia el «rastroburray», al compás de las misteriosas notas del toril, con banda de músicos, cornetas y airas, «pitito» y tambor del trío de milicias en la polvorienta y espaciosa plaza taurina. Quienes en ella participen, no olvidarán esta danza popular, porque es la más espontánea, la más alegre y la más fraterna.

Al concluir la fiesta patronal, vuelta la calma habitual; el eco de chicotes despierta la atención general, pues por Qollqa asciende la manada. Allí, está el Orofino, torete de espigada figura, esquivo y travieso, flotante divisa al lomo; ágil y ansioso va a beber del puquial encantado y, lanzar el mugido que despertará mil mugidos de las «illas» que esconden en sus entrañas, los cerros.

Leonilda Soldevilla Chuquihuaccha
(67 años)

IGLESIA PATA

En la época colonial, fundaron muchos lugares. Una de ellas fue una ciudadela. La composición de estos muros era de piedra de sillar, que es una especie de yeso. También construyeron la iglesia Pata con arcilla e hicieron canales de agua con ello. Esa ciudadela estaba gobernada por un curaca que era muy rígido, él ordenaba a los sacerdotes si habría o no misa. A causa de esta rigidez vino un castigo: cayó un rayo al templo. Y esto hizo que el campanario grande se fuera hacia el lado derecho de la iglesia como por una catarata. Las personas cuentan que en las noches de luna creciente suenan esas campanas. Los santos que en esos tiempos tenían en esa iglesia se fueron para diversos lugares. Ahora cada pueblo recibe el nombre de uno de esos santos hasta la actualidad. También se puede ver hasta ahora que las grutas en donde estaban aquellos santos en la iglesia estaban hechas de ladrillo, lo cual era algo sorprendente, ya que toda la construcción es de adobe y solo los bordes son de ladrillos.

En la actualidad, la iglesia aún existe, aunque quedan solo los muros sin techo; las casas de la ciudadela ahora ya no existen, sus muros fueron derrumbados y lo han convertido en terrenos de cultivos.

Wencesalao Hurtado Ancco
(60 años)

LA FIESTA DE SAN JUAN BAUTISTA

En Huaytará, el 24 de junio se celebra el día del santo patrón san Juan Bautista. Esta es la fiesta más importante de Huaytará y reúne a todos los huaytarinos que han migrado a otras ciudades y países. Incluso llegan turistas para integrarse a las celebraciones. La iglesia de Huaytará, construida en la época del virrey Francisco de Toledo, fue edificada encima de una fortaleza incaica (construida por el inca Túpac Yupanqui) y representa el sincretismo cultural del pueblo huaytarino.

Las celebraciones empiezan desde el 14 de junio, cuando se realizan novenas (misas) hasta el día 22. Las misas se realizan a las 6:00 p. m. y se invita ponche a todos los asistentes. El ponche es una bebida caliente que está hecha con leche y maní o ajonjolí. Para cada día hay oferentes que se encargarán de preparar el ponche.

Cada año se escogen mayordomos que se encargarán de contratar la banda de músicos y los fuegos artificiales. También se escoge un adornante, quien se encargará de vestir al patrón y el anda cada día. Además, se escoge a

un encargado de la milicia, la cual está conformada por tres personas: una llevará la bandera de san Juan, otra el bombo y otro tocará la quena durante cada procesión. Los que fueron mayordomos el año anterior ahora serán los encargados de organizar las corridas de toros; a ellos se les nombra como «los obligados».

El día 23 llega la banda a la iglesia, a las 5:00 a. m., para saludar al patrón san Juancito. A las 8:00 p. m. se realiza la misa y a las 10:00 p. m. empiezan los fuegos artificiales y la quema del castillo. La banda se dirige a la plaza y la gente baila hasta las 3:00 a. m.

El día 24, día central, la banda saluda al patrón a las 5:00 a. m. Se realiza la misa a las 11:00 a. m. y a las 6:00 p. m. sale san Juan en procesión. Se lleva en andas al patrón desde la iglesia hasta la plaza principal de Huaytará. Luego retorna a la iglesia y la gente llega a la plaza con la banda.

A la medianoche las mujeres cantan ayras (cantos en quechua), bailan con los obligados (que visten divisas, así se llaman a las bandas de tela que los reconoce como anteriores mayordomos) y realizan el «plaza honra» dando vueltas a la plaza, bailando.

El 25 la banda saluda al patrón a las 5:00 a. m., luego la banda desayuna y almuerza en la casa del mayordomo, quien está encargado de atenderlos durante estos días. Este día se lleva a cabo la corrida de toros a las 2:00 p. m. Estas corridas no implican la muerte de los toros, es solo para ver quién sale a torearlos, no se usa nada para picarlos. La corrida se realiza con toros bravos traídos de las alturas.

Terminando la corrida a las 7:00 p. m., la gente baja al centro del coliseo y baila el «rastroburray», borrando el rastro del animal y las mujeres cantan las ayras, cantos en quechua, dedicados a los animales: «De las altas cordilleras me haces llamar», dice en quechua una de las canciones. Así bailando y cantando se llega a la plaza para terminar con las celebraciones en honor a san Juan Bautista.

Laura Aurora Calderón Chuqui huaccha
(64 años)

LOS LOCOS

HISTORIA DE TOROS

Sería ingratitud dejar en el olvido las raíces de las tradiciones y costumbres del pueblo que nos vio nacer, puesto que las llevamos en la sangre y reflotan como liberación en el quehacer asfixiante de la modernidad.

En homenaje al patrón san Juan Bautista de Huaytará, nuestro protector, amigo, confidente y criandero como sus hijos huaytarinos, van estas remembranzas, las que se cultivan y enriquecen en la actualidad.

Al aproximarse las fiestas del 24 de junio, surgían las preocupaciones de los crianderos de ganado bravo. Doña Basilia Morales interrogaba:

—¿Quiénes van a bajar a «los locos»?

La respuesta fue unánime:

—¡El viejo Adolfo, pues!

Don Adolfo Espinoza, haciéndose el disimulado, escuchaba tal comentario, descansando bajo el molle añoso con la mirada perdida en el valle de Chuqimarán. De pronto, se levantó, él, alto, fuerte como llonque ancestral y con autoridad dijo:

—Necesito cuatro muchachos valientes; caballos briosos, bien aparejados; chicotes, fiambres y lo que ustedes ya saben. Partiremos a las tres de la mañana para ganar el sol; yo iré en la Morocha (hermosa yegua blanca, experta en estas faenas).

Así empezaron los preparativos, los varones a escoger los caballos, y las mujeres a la cocina a preparar las torrejas de maíz, las papas con queso Qaiwi, las humitas, la cancha, las bebidas, el quemadito y el buen desayuno. El pisco puro, coca y cigarros como pago infalible para «el cerro».

Partieron a la hora indicada, los caballos sudorosos trepaban por los caminos zigzagueantes hasta lograr la pampa, el silbido de jinetes rompía la soledad y el frío mañanero, allí donde solo canta el viento de meseta.

Ya cerca de las lomas de Parqa, Maraypata o Llullucha, escondidos entre pajonales e ichuales, bebiendo del ojo

del puquial, pastan tranquilamente «los locos o bravos» de las familias Morales y Púcar de Chuquimarán y de Domingo Jayo de Huatas.

Los jinetes llegaron en silencio absoluto. Primero pagaron ceremoniosamente a los cerros enigmáticos que vigilan a los extraños. Estos le invitaron pisco, el cual si es absorbido inmediatamente por la tierra, es signo de aceptación, luego la coca y el cigarro en señal de paz.

Entraron sigilosamente en el potrero de «los bravos», comieron el excremento caliente de alguna res, recogieron el rastro de ellos y se lo pusieron en sus bolsillos, con seguridad y valor; los entroparon con reses mansas para que estas reses bravísimas obedecieran el tronar de chicotes, las voces de mando y bajaran como dóciles animalitos, hasta el alfalfar que los esperaba. No se les permitió volver la vista, ni separarse, pues las consecuencias habrían sido desastrosas. Ubicados ya en el alfalfar en flor, rumian en su descanso, el trote de un día.

Mientras, a medianoche del 24 de junio, los «obligados» suelen romper el silencio con el *churmichay* en el Plazahonray, donde se lucen los expertos corneteros como don Miguel Espinoza o don Justiniano Chira y

otros hombres dignos de recordación, acompañados de ayreadores reconocidos como don José Oré, don Balvín Sante, doña Eufracia Chuquihuaccha o doña Eulogia Gala, por no citar voces de la nueva generación y muy buenos cultores de las canciones vernaculares.

El 25 de junio, día de la corrida, están nuestros personajes encerrados en el coso frente a laceadores famosos como el de ayer, don Víctor Conislla y los de hoy, don Agustín Chira, don Arturo Conislla y otros temerarios jóvenes, prestos a dominar al toro y prenderles divisas en el lomo.

El público atraído por las músicas, llenan las tribunas construidas o trepan las pircas. Los más arriesgados bajan a la espaciosa plaza taurina a danzar en grupos, al compás de la banda, del ayra y del pitito de san Juan, en una manifestación de goce colectivo, fraternal. «¡Cuidado sale el torooo!» es el grito y el eco confundidos y plaza queda desierta, cuando, de pronto, en la escena, un toro con divisa flotante al lomo, lazos en las astas, arisco, loco, husmea cualquier ruido o movimiento. La banda de músicos lanza el toril a los vientos, los piteros por otra parte y, el ayra y la corneta transmiten la queja de estos

animales. «De las altas cordilleras me mandan llamar, sobre el pasto, *soqllay qewa maskakuchkaqta, wayllay ichu soqllay ichi maskakuchkaqta...*».

En castellano dicen: «Me sacas de mi hábitat y me encierras en este coso y luego me dices dos son tus ojos, vete; cuatro patas tienes, vuélvete. ¡Cuánto me pesa haber venido! Cuando llegué a esta plaza, charco de sangre me esperaba. Gira me dices, a la izquierda, a la derecha; corre, trota, juega, me obligas. Cuánto me pesa haber salido».

De pronto, uno, dos, muchos aficionados y temerarios toreros, haciendo gala de coraje, con capas improvisadas, desafiando al bravo animal, se lucen lo mejor que puedan o reciben cornadas que deben doler mucho. Destaca en esta afición, el arte de Oswaldo Morales.

El July, excelente torero español, quedaría boquiabierto ante tal osadía de esta muchacha traviesa. El premio codiciado no es una oreja, ni un rabo, es una divisa quitada al toro.

Amigo lector, acá al toro no lo matan, tal actitud sería condenable. Esta corrida es espectáculo gratuito, sana diversión, llena de ocurrencias y emociones, griterío, canciones, música, baile, bebidas y mucha alegría.

La faena concluye al atardecer con «ratroborray», baile popular en la plaza taurina, al compás de las músicas citadas, no importa de dónde procedas, sino que te hermanes, te confundas gozoso en esta fiesta comunal que te ofrece esta tierra pródiga, religiosa, enigmática, hospitalaria, amada y floreciente HUAYTARÁ.

Leonilda Soldevilla Chuquihuaccha
(67 años)

Informante: Isabel Espinoza Pebe
(78 años)

En las páginas siguientes encontrarán historias en las que relatan leyendas y costumbres de diferentes partes del Perú. Ante ello, les pedimos que las lean con su corazón abierto, ya que no son historias frívolas inventadas para entretener, sino, por el contrario, son testimonios de adultos mayores, jóvenes y adolescentes que nos cuentan, desde su intimidad, aquellos relatos que les fueron contados por las personas que más querían.

YACHAQ SONQO porque de corazón a corazón las historias suenan mejor.

Con el apoyo de:



Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA